
CAPITULO XLI.

ARNOLDO RUGE.

El jefe verdaderamente de la escuela en la esfera política, el más perseverante en sus propósitos, el más práctico en sus ideas, escritor de gran mérito, filósofo de elevado pensamiento, es Arnoldo Ruge. El trabajo capital de su vida ha consistido en demostrar á la moderna Alemania, que pasó la época teórica, la época artística para ella, y que debia comenzar la vida política, por medio de Estados libres constituidos en verdaderas Repúblicas. Y, efectivamente, esta nacion, que resistiera al yugo del Imperio romano; que recabára la gloria de haber echado en nuestra vida la levadura de la libertad; que trajera el principio democrático de la personalidad humana entre las agonías del antiguo mundo y del antiguo Estado; la que emancipó la conciencia en su revolucion religiosa y maduró la razon humana en su filosofía; siempre dada al cántico, al arte, al pensamiento, y siempre tiranizada y opresa, asemejase á los gréculos de Roma, sábios, poetas, eruditos; duchos en toda suerte de trabajos espirituales, habilísimos escultores y músicos, pro-

fundos filósofos y retóricos elocuentísimos; pero siervos sin dignidad en el alma, con la marca de su humillacion en las carnes, y por todo mundo la vivienda de su ergástula.

Y á la emancipacion política debia presidir el pensamiento filosófico, segun Ruge. Las ideas científicas son meras entelequias, almas sin cuerpo, vapores disipados en los aires, si permanecen allá en las cimas de la inteligencia y no se filtran, siquier sea poco á poco, aquí en las tierras de la realidad. Todo grande movimiento filosófico ha producido movimientos morales y movimientos políticos, y movimientos sociales en las várias esferas de la vida. El pensamiento de la antigüedad, la ciencia de Grecia dejó al mundo moderno dos obras capitalísimas: el Derecho romano y el Cristianismo. La filosofía germánica, despues de haber profundizado todo el pensamiento moderno, despues de haber recorrido todas las esferas de la vida universal, se quedaba infecunda, estéril, allá en lo vacío, si no traia gérmenes á lo ménos de instituciones nuevas, materia de nuevas leyes, á la práctica y á la vida.

Imbuido de estas ideas, por ellas vivamente exaltado, deseoso de una regeneración de Alemania, llegó Ruge al Parlamento alemán, al Parlamento de Francfort, y se puso á la cabeza de los veintisiete diputados republicanos que allí habia. Este número prueba cuán poco adelantaban nuestras ideas en la realidad, á pesar del gran movimiento producido en la ciencia. Entre setecientos diputados alemanes que Francfort habia reunido, veintisiete solamente profesaban las verdaderas doctrinas de la democracia moderna, despues del establecimiento de la República en Francia y de la profundísima revolución que habia conmovido hasta las entrañas de la misma Alemania. Esto prueba que para impulsar un pueblo en su camino, es necesario no alimentarlo sólo de ideas abstractas; es necesario combinar el pensamiento y la acción, la ciencia y la vida, la teoría y la realidad, porque de otra suerte correrá su alma en alas de vagos ensueños por lo infinito, mientras su cuerpo yacerá inerte y frío sobre las húmedas pajas de oscuro calabozo.

La Alemania eligió para vicario del imperio un archiduque austriaco, y Ruge, viendo que nada podia esperar, se apartó de Francfort, y se unió indisolublemente á Prusia, esperando de ella las dos obras que él creia indispensables: la obra nacional de la unidad germánica, y la obra humana de su democratización, de su libertad. En el periódico *La Reforma*, publicado en Berlin, y sostenido con tanto brio como elocuencia, Ruge predicó estas ideas salvadoras, contribuyó á esta obra verdaderamente meritoria y verdaderamente digna de la humanidad y de la patria. Pero la reacción política vino, y la reacción política le confiscó el periódico y le condenó al destierro.

Entonces volvió á Francfort, y de Francfort á Baden, donde estalló una revolución. Sus amigos le comprometieron á ir á Paris á fin de entenderse con la Montaña de la Asamblea Constituyente para impulsar el movimiento

republicano en toda Europa. ¡Inútil tentativa! La reacción comenzaba, y decrecia el espíritu democrático. La República, venida á Francia por uno de esos súbitos estallidos revolucionarios que muestran toda la fuerza de la nueva idea, estaba herida de muerte por los errores de sus mismos partidarios. Olvidaron que, uniéndola indisolublemente á un ideal utópico, la obligaban necesariamente al aborto de un monstruo. Olvidaron que las catástrofes súbitas nada engendran, mientras las lentas evoluciones de la materia y del pensamiento engendran la ciencia y la vida, como las lentas evoluciones de la sociedad engendran seguras y grandes libertades. Prescindieron de uno de los términos indispensables á todo organismo político, de la autoridad, de la estabilidad, de las condiciones históricas del tiempo, y se empeñaron en que una hora de República habia de curar, como por milagro, los males de veinte siglos de monarquía. Creyeron que, despues de tres días de revolución, como en Febrero, podian venir revoluciones sin cuento, ignorando que hay en los espíritus acción y reacción, como en el Océano flujo y reflujo, y que á la vuelta de un año nos encontrábamos ya en el período de las reacciones. Y sin haber aprendido nada en las tristes enseñanzas de las jornadas de Junio de 1848, se empeñaron en acabar de perderse por Junio de 1849; volvieron á las revueltas, y se precipitaron de golpe en la reacción, yendo á despertar de sus errores históricos y de sus alucinaciones políticas bajo el tristísimo techo de amarga expatriación.

Ledru-Rollin, en el Conservatorio de Artes y Oficios, capitaneó un motin contra el gobierno por su absurda intervención en Roma, crimen del presidente y de la Cámara que no se curaba con una locura de la Montaña. Y, vencido el motin, pasó á Londres, y con él fué á Londres Ruge, formando parte del comité central europeo que habia de trabajar asidua, aunque inútilmente, por una nueva revolución. Este es otro error de los revolucionarios

Europeos; imaginar que pueden forjar una revolución á su arbitrio. Estos hechos universales, creadores, verdaderamente extraordinarios, no están, no, en la mano de ningun individuo; se forjan á la manera de la lluvia, á la manera de la electricidad, en el grande laboratorio de la vida social. Así es que todos los trabajos de Ruge abortaron. Y el año 1866, cuando ménos lo esperaba, encontró una parte de sus ideas súbita realización; y una parte de sus agravios completa venganza. Prusia se levantó condensando el espíritu de Lutero contra el pontificado romano, el espíritu de Federico el Grande contra el imperio austriaco, y el espíritu de todos los grandes pensadores de Alemania contra el fraccionamiento de la patria; y en la batalla de Sadowa tendió por tierra al gigante que se habia desposado con la teocracia para corromper los entendimientos y oprimirlos; al mantenedor de todas las ideas reaccionarias; al enemigo de todas las ideas democráticas; al imperio austriaco. Desde entonces, Ruge ha sido más alemán que republicano. Ora fuese por los desengaños sufridos en una larga vida; ora por el patriotismo exaltado siempre en largo destierro; lo cierto es que, habiendo comenzado por pedir una alianza de Alemania con el partido republicano francés contra Bonaparte, concluyó por decir á la caída de Bonaparte que la República francesa sostenia una guerra de conquista, cuando la República francesa sostenia una guerra de defensa, y por aprobar la anexión de la Alsacia y la Lorena, cuando la anexión de la Alsacia y la Lorena es germen de guerra internacional, y por tanto de vicioso y terrible cesarismo.

Á pesar de este error, sus servicios á la democracia universal son inapreciables, y deben ser guardados con reconocimiento en la memoria de los pueblos. Opuesto desde sus primeros años al despotismo; enemigo de un Estado donde sólo cabia la personalidad del monarca, y enemigo de una Iglesia donde

sólo cabia la ortodoxia intolerante; conspirador tenacísimo y publicista ardoroso desde su primera edad; preso durante un año en Koenigstein y cinco en Colberg, digno por tanto de la consideración que llevan consigo el sufrimiento y el martirio; grande agitador en el cautiverio donde comunicaba lo único que le habia quedado libre, su espíritu, con todas las ideas de su tiempo; redactor de los *Anales de Halle* que conmovieron la opinión y despertaron ideas de libertad y de progreso en la conciencia nacional; sombra fatídica de todas las cortes alemanas y de todos los reyes y régulos, aterrados por el atrevimiento de sus polémicas; poco amigo de la utopía que ha devorado tantas altas inteligencias, como lo prueban sus dissentimientos con las escuelas socialistas; tribuno de la libertad en Francfort; periodista de la libertad en Berlin; revolucionario en Leipzig; en todas partes defensor de las nuevas ideas; su nombre está unido indisolublemente á la historia del movimiento republicano en Alemania y en Europa, y sus numerosas obras, en que la pasión se une á la idea, han esclarecido mucho á las jóvenes generaciones y han alimentado en su seno durante días bien adversos la esperanza de una resurrección.

Debía volver, era necesario que volviese Alemania á su sentido práctico. En el siglo décimo-sexto lo habia tenido como pocos pueblos. Inmediatamente que Lutero lanzó contra los poderes religiosos su palabra de fuego, resonó, como los sacudimientos de un terremoto, la revolución por los campos. El mundo interior no se removía y perturbaba sin que el mundo exterior se conmoviese y perturbase también. Pasaron los tiempos en que una revolución quedaba solamente aislada en la conciencia, como sucedia al término del mundo antiguo y al comienzo de nuestra era. Toda palabra debia tener por eco un hecho. Conmovido el cimiento de la fé religiosa, habia de caer por su propia pesadumbre el viejo feudo de la organización política. Lutero

mismo, aunque principalmente trataba de herir el Catolicismo, renovar la Iglesia, traer vida íntima y libre á la conciencia, divertía muchas veces su atención hácia los asuntos políticos, y describía de mano maestra los reyes enviados por la cólera de Dios á los pueblos; y llamaba impura cortesana á Enrique VIII de Inglaterra. El pobre siervo sintió como un cántico de libertad en aquella renovación religiosa. Mil veces alzado en armas, llevando por enseña contra la lustrada bota de los señores el zapato claveteado de los campesinos; jamás había sido definitivamente derrotado. Y en aquella hora suprema de la Reforma le habían hablado del Evangelio, de la libertad interior, de la igualdad cristiana, y quería ver cómo todas estas ideas se mezclaban al terron de sus campos empapados en sudor, en lágrimas, y derribaban los castillos feudales, y desvanecían las sombras de los tiranos, y destrozaban en sus muñecas sus argollas, y á grito herido demandaban con la rabia de la guerra la ruina de las corveas, de los feudos, de los diezmos, de todas las gabelas que, además de esclavos, hacían miserables y hambrientos á los pobres campesinos. Como siempre que hay en el fondo de las sociedades humanas una aspiración incontrastable, se personificó esta en un hombre, que desde las alturas de su idea no abarcó los abismos de la realidad. Muntzer se embriagó en la idea revolucionaria, la convirtió en raudales de elocuencia, maldijo de los reyes que oprimían á los pueblos y de los reformadores que vedaban el paso de las ideas puras á la realidad; tocó la campana de rebato que respondía á la tempestad del alma de los campesinos; reunió treinta ó cuarenta mil hombres que se encendieron en las pasiones revolucionarias, y sembraron todos los horrores y todos los desastres de las resoluciones prematuramente surgidas; y sostuvo su bandera de igualdad hasta que, perseguido, acosado como una fiera, cayó roto y vencido por la metralla de los reyes sobre mares de sangre

y entre montones de cadáveres, reo de haber querido deducir, aunque extraviándola, con lógico rigorismo, la revolución política encerrada en el seno de la Reforma. Parece que en aquel momento perdió Alemania el sentido de la realidad. Lo cierto es que, habiendo dado al movimiento democrático moderno su impulso con el vapor de la nueva idea, con la Reforma, dejó que otro pueblo más práctico, el pueblo sajón, dedujera en la tierra de América sus últimas consecuencias, y fundara un Estado sin gerarquías hereditarias, únicamente animado y sostenido por las ideas de libertad y de igualdad.

Quéjase Ruge sentidamente en algunos discursos y obras suyas de que Alemania no acertase á llevar á las esferas de la realidad y de la práctica las puras ideas de su conciencia, y dejase este gran ministerio á otro pueblo de la familia germánica, al pueblo anglosajón, en el Nuevo Mundo. Pero si examina la causa, verá bien pronto que en el movimiento germánico hay mucho brillo en el ideal, mucho espíritu innovador en el impulso, mucha fuerza revolucionaria en los procedimientos; pero no aquel buen sentido, aquella medida, aquel conocimiento de la realidad, aquella línea trazada entre lo ideal y lo posible que explican el éxito de la revolución americana y la perennidad de sus progresivas instituciones. En toda grande revolución aparecen grandes exageraciones que acaso sirven á moderarla y á convertirla á la realidad. En la Reforma aparecieron los anabaptistas; en la revolución de Inglaterra los niveladores; en la primera revolución francesa los babefistas; en la segunda los socialistas; en la tercera los comuneros, como en la última revolución española han venido aquellos que, guiados por un falso concepto del federalismo, quisieron destrozarse la obra gigantesca de nuestros padres, la unidad nacional, y hasta entregar sus dispersos fragmentos á la tutela de extranjeras naciones. Los pueblos, que no saben moderar esta exageración, la cual apa-

rece por el misterioso concurso de las fuerzas sociales y por el cumplimiento de leyes todavía desconocidas, ó sucumben ó retroceden. Solamente á los pueblos sensatos les será concedida la libertad. Quizá en el partido republicano alemán, allá por 1848, hubo lo mismo que en los campesinos, sobra de idealismo, falta de un conocimiento práctico de la realidad, aspiraciones muy universales, y escasa atención á los medios con que contaban para encarnar en la realidad sus ideas.

Ruge no se contentaba con predicar la política práctica; mezclábase también al movimiento filosófico y religioso, como buen alemán. Su doctrina descendía del antiguo racionalismo, renovado en series lógicamente encadenadas y contenido en formas claras y á veces brillantes. La filosofía del siglo décimo-octavo negó la superstición, y la filosofía de este siglo la combate. Limpia de supersticiones la mente, lo necesario es llevar á la vida la concepción del derecho que ha brotado de la filosofía. Para ello ningún esfuerzo, por grande que sea, hasta, dadas las resistencias de la realidad. Los hegelianos han pretendido que la idea se realizaba por su propia virtud, en su perpétuo movimiento. Cada instante de la historia es para ellos bueno, porque nace del instante anterior y engendra los instantes sucesivos con lógica indeclinable, ley real, ley necesaria de las cosas. Estos puntos de vista, estas esperas dadas á la impaciencia del progreso, encantaron á una legión de soñadores muy apegados á pensar que bastaba decir el concepto puro del derecho y el organismo verdadero del Estado, para que se encarnasen prontamente en la realidad. Creía Ruge esta tendencia tan funesta como las tendencias reaccionarias, porque condenaba la Alemania á la contemplación, cuando sólo podía salvarse por el movimiento, por la realidad, por la acción.

Y creía, como toda la joven escuela hegeliana, que el medio único de contrastar la soñolencia de carácter alemán estaba en combatir su vago espiritualismo religioso. Fantasead la naturaleza, poned en su seno génius buenos mezclados con génius malos, decía, y tendreis ya el origen de la religión. Desconociendo las leyes del Universo, se las sustituye por una voluntad arbitraria, que á su capricho concede ó niega la vida á los cuerpos, la gracia á las almas. El Cristianismo, proponiendo el sacrificio, renueva el budismo. Una concepción poética del Universo ha dado vida á la religión cristiana; y el nacimiento de Cristo, su muerte, su resurrección, sus pascuas, sus fiestas principales, son, como las fiestas de los griegos, otros tantos símbolos de la naturaleza y de su inmortal poesía. Cristo hubiera conseguido lo que intentaron los antiguos, convertir la religión en puro humanismo, si no se mezclan á sus conceptos las mitológicas falsedades de lo sobrenatural y maravilloso. La ciencia destruye lo sobrenatural, y proclama que la encarnación de Dios sólo puede verificarse en la historia. El Sér Supremo es el pensamiento en acción; y el bien supremo es el Estado libre y democrático. Para que el hombre sienta la virtud de las nuevas ideas y la necesidad de llegar á ese estado, necesita desechar la concepción de la primera caída, de la culpa, y el pecado original, que apoca la voluntad, oscurece el entendimiento, impide el desarrollo de la humanidad, y convierte en castigo el primero entre todos los méritos, el mérito del trabajo. Y cuando á este falso concepto teológico sustituya el verdadero concepto científico de su naturaleza, habrá llegado la hora de la transformación social, y del advenimiento de estas tres entidades necesarias al mundo moderno, de la libertad, de la democracia, de la República.